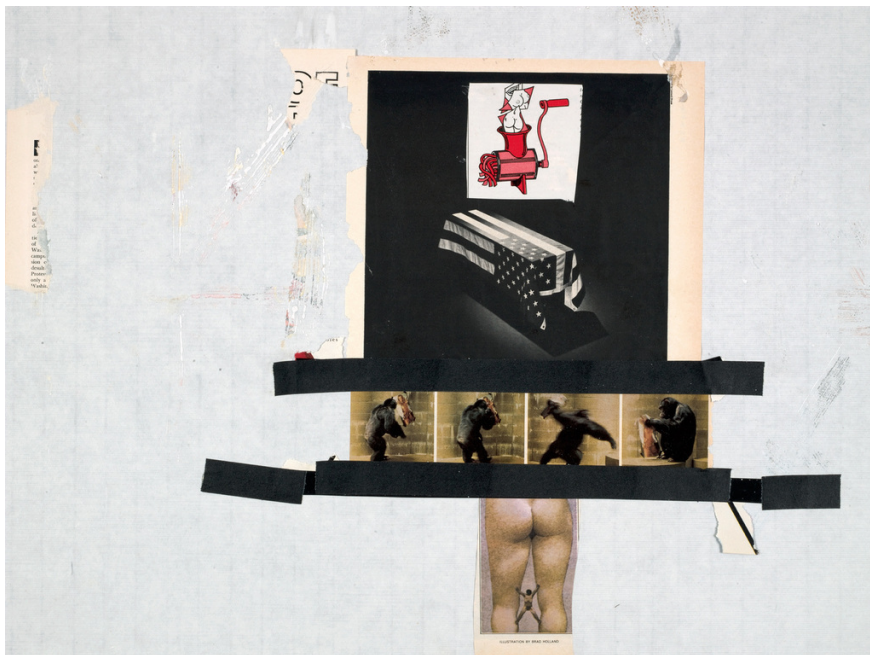




Pocos días antes de completar la simbólica marca de los cien días de gestión — consagrada en las democracias occidentales como el primer momento de evaluación de una administración que comienza— Jair Messias Bolsonaro, o JMB, [dijo](#) que no nació para ser presidente, sino militar. «Es solo un problema», dijo, para después cuestionarse: «Me pregunto, miro a Dios y le pregunto: “Dios mío, ¿qué hice para merecer esto?”». Este tipo de discurso que pretendía ser irónico debe tomarse en serio, ya que su contenido fue reiterado por el presidente en una entrevista concedida a la [Revista Veja](#) a fines de mayo, la misma que condensa el estilo retórico de JMB, tan querido por sus electores, de «decir lo que piensa sin parpadear» y la cacofonía de los primeros meses de administración.

Desde enero, la escena del gobierno ha estado marcada por una secuencia de enfrentamientos entre los diversos grupos que se encuentran actualmente en el poder: el presidente y sus tres hijos quienes, generalmente, se guían por las diatribas del astrólogo *cum guru* Olavo de Carvalho —cómodamente asentado en Virginia (E.E.U.U.)^[1]— de sus ocho ministros militares, del proactivo ministro de economía, Paulo Guedes, además de la base conflictiva del gobierno en el Congreso. Graves signos de incompetencia

administrativa que se combinan con una avalancha de actos del ejecutivo que, con o sin base legal, están alterando los parámetros de la política pública en una amplia gama de temas. Además del uso sistemático de Twitter para gobernar y animar a la belicosidad de la base electoral fiel al gobierno: actos del habla arbitrarios o mesiánicos y escenas grotescas o ridículas organizadas cada dos días por el presidente y sus ministros. Algunos observadores incluso han llamado la atención sobre los rasgos de bipolaridad del comportamiento político presidencial: durante el día —tal vez porque JMB está más cerca de la influencia de los militares y otros ministros más racionales y calculadores— se comporta, a veces, de forma razonable; pero por la noche, cuando regresa a su cuenta en el Twitter, furioso, se convierte en Bolso-Nero[2].

Un importante grupo de analistas críticos se ha dedicado a discernir lo que hay detrás de la tormenta de arena y basura que esta cacofonía produce[3]. La periodista Eliane Brum, en un hermoso [balance](#) de los primeros cien días, caracteriza a la administración de Bolsonaro como un gobierno que se opone a sí mismo, enfatizando en que esto no es accidental y, sobre todo, que produce distracción y parálisis. En este mismo sentido, Marcos Nobre, en un [análisis](#) publicado por la *Revista Piauí*, analiza cómo el caos no es accidental o un síntoma de la ignorancia y de la falta de preparación que realmente existe. Según él, muy por el contrario, el caos es un método de gobierno porque:

“... la única forma en que Bolsonaro puede asegurarse en el poder es mantener activamente a las instituciones políticas del país en un estado de colapso, el mismo estado de colapso que lo llevó a su elección... la lealtad del núcleo duro que lo acompañó desde el principio depende del mantenimiento del colapso institucional.»

La otra cara del caos es, por lo tanto, la belicosidad. Desde enero, han proliferado los decretos presidenciales y otras medidas ejecutivas mediante la alteración de programas y políticas en las áreas más diversas, así como en la reducción de recursos. JMB explicó este modo de gestión diciendo recientemente que con un pluma en mano tiene más poder que el presidente de la Cámara Federal. Desde enero ha habido numerosos decretos presidenciales, incluso dos que incrementan el portación de armas en el país y uno más reciente que reduce las multas de infracciones de tránsito. El arbitraje del lapicero se ha aplicado sin piedad ni compasión, especialmente en áreas donde el gobierno quiere mostrar a lo que vino desde el punto de vista ideológico, o en aquellas donde existe un potencial más grande de resistencia. Entre muchas otras, se han promulgado medidas para controlar las organizaciones de la sociedad civil, dismantelar los mecanismos de participación social, eliminar las normas de protección ambiental, alterar el organigrama del Ministerio de Salud e imponer una reducción drástica de los recursos de las universidades públicas.

Esta última medida tuvo gran visibilidad y fue ampliamente criticada (ver compilación [nacional](#) e [internacional](#)). Vale la pena recordar, además, que no solo las universidades están bajo ataque. En junio, cuando este balance estaba en proceso de finalizarse, las tres principales instituciones públicas productoras de datos para la información de políticas públicas nacionales estaban bajo ataque. El IBGE[4] fue objeto de intervención y se redujeron los recursos para el Censo del 2020. El Ministro de Ciudadanía impidió que la FIOCRUZ[5] publicara una investigación nacional sobre el uso de drogas, cuyos resultados contradicen las normas de criminalización y detención obligatoria promovidos por el gobierno. Además, el Ministro de Medio Ambiente amenazó con reemplazar al INPE[6], quien acababa de publicar datos sobre la creciente deforestación en el Amazonas por parte de una empresa privada. Esta cruzada antiintelectual replica lo que se ve en otros contextos internacionales gobernados actualmente por populistas de derecha y que inevitablemente evocan al fascismo.[7]

Entonces, no es de extrañar que varias de estas medidas ejecutivas no tengan una base legal sólida —han sido y serán interrogadas judicialmente—. La abogada Eloisa Machado [analizó](#) cómo un decreto reciente que transfiere el derecho de los rectores de las universidades públicas de nombrar subrectores al presidente de la República viola abiertamente la definición constitucional de autonomía universitaria, concluyendo que:

“Un gobierno basado en decretos y medidas provisionales muestra la incapacidad para establecer un diálogo y construir su base con el Congreso Nacional y exponerse al escrutinio de los parlamentarios y de la sociedad. El atajo encontrado por el gobierno para escapar de los costos impuestos por las negociaciones políticas es abusar del poder... Nos enfrentamos a un gobierno inconstitucional».

El filósofo Vladimir Safatle, en un [artículo](#) publicado en *Folha de São Paulo*, observa que esta guerra permanente es funcional para mantener la lealtad de la base electoral de JMB y para implementar, paso a paso, la revolución conservadora que encarna: una lucha persistente y feroz contra la casta política, el poder judicial, la prensa y la élite intelectual. Esta doble función fue evidente en los mítines del 26 de mayo convocados —incluso por el Twitter personal de JMB— para respaldar las prioridades del gobierno (la reforma de las pensiones y el paquete contra la delincuencia) cuando estallaron los ataques contra el STF[8] y el Congreso y sus dirigentes. La trágica ironía de lo que está en marcha es que, como Safatle señala acertadamente, esta *revolución* está entregando el país a sus dueños de siempre: «banqueros con increíbles ganancias en plena parálisis económica, empresarios

con carta blanca para saquear a los trabajadores, rentistas que tienen sus ingresos intactos».

Eliane Brum fue muy perceptiva cuando, en su artículo de abril, apeló a la imagen del «gobierno de los malvados» para nombrar estas condiciones extremas de anormalidad, alboroto y oclusión de los primeros cien días de gobierno. Brum explora en dos claves las huellas marcadamente perversas de una escena política que, en la superficie, parece ser solo un error. Por un lado, examina cómo la cacofonía y la belicosidad política de los primeros meses de gobierno oscurecen y normalizan la autorización tácita para el asesinato de los más vulnerables. Esta es una carnicería que explica el colapso del sistema de salud pública y, sobre todo, los efectos letales persistentes de la violencia estructural que incluye un número creciente de víctimas letales de violencia o de omisión estatal ([ver aquí](#)). En los primeros meses del año, solo en Río de Janeiro, la policía ejecutó a más de veinte personas, incluido un cantante que recibió 80 disparos de una patrulla del ejército. Pero también, somos testigos de brutales rebeliones y masacres en las cárceles: a fines de mayo, 55 personas fueron ejecutadas en una disputa entre facciones en una prisión en Manaus. Sin embargo, este hecho trágico no fue objeto de mayor atención por parte del presidente o de su ministro de justicia.

Por otro lado, Brum llama la atención sobre el impacto desconcertante que tiene sobre las fuerzas que podrían y deberían oponerse frente a un gobierno que se comporta como oposición a sí mismo. Por encima de todo, describe, con gran sagacidad, la perversa fascinación que la escena política ejerce sobre la sociedad:

“ «Tanto la oposición como la prensa, así como la sociedad civil organizada e incluso una gran parte de la población, viven el ritmo de los espasmos calculados que el Bolsonarismo inyecta a diario... Estamos bajo el yugo de los perversos que corrompen el poder que recibieron por el voto para evitar el ejercicio de la democracia. Como la maquinaria del Estado está en las manos, pueden controlar la agenda. No solo el del país, sino también el tema de la conversación diaria de los brasileños a la hora del almuerzo, junto a la máquina de café o incluso en la mesa del bar. ¿Qué hará Bolsonaro hoy? ¿Qué dirán los *bolsojuniors* en las redes sociales? ¿Cuál será el nuevo delirio del *bolsocanciller*? ¿A quién detonará el *bolsoguru* esta vez? ¿Cuál será la *bolsopolémica* del día? Esta ha sido la agenda del país.»

Esta descripción dolorosa evoca los efectos voyeristas de *Saló o los 120 días de Sodoma*, la última película de Pier Paolo Pasolini en la que los rasgos cínicos, exhibicionistas y sádicos del fascismo, como manifestación de poder, son eviscerados en imágenes brutales y repulsivas de las cuales, sin embargo, no podemos apartar la mirada. Esta asociación es aún más pertinente cuando el «sexo», la masculinidad tóxica, los tropos de dominación sexual y el ataque de género están a la vanguardia de la escena nacional. Como he señalado en ensayos analíticos anteriores, el género y la sexualidad han estado desde hace mucho tiempo en el vórtice del huracán de la restauración conservadora que arrastraría, de manera vertiginosa, a la política brasileña hacia la derecha en las elecciones del 2018. Pero la llegada al poder de las fuerzas que impulsaron esta tormenta hace literalmente imposible no hablar de sexo al escribir o hablar de política en Brasil.

Una profusión de actos del habla, gestos, tropos y figuras sobre el género, sexualidad y aborto han proliferado en la semiósfera política brasileña desde enero y existen múltiples fuentes que propagan la intensa apuesta por este discurso. Damares Alves, quien dirige el recién creado Ministerio de la Mujer, Familia y Derechos Humanos, ocupa un lugar privilegiado en este panteón y es conocida mundialmente por su discurso inaugural en el que afirma que los niños deben vestir de azul y las niñas, de rosa; además de repudiar radicalmente el derecho al aborto en las diversas reuniones internacionales en las que participó. Pero también figuran Ernesto Araújo, ministro de asuntos exteriores, quien, en escritos anteriores, dijo que las feministas tienen como objetivo criminalizar el deseo sexual masculino; y el recién nombrado ministro de educación, quien dio su cuota al decir que recortaría los recursos de tres universidades públicas que promovían la «ruina», imprimiendo al término una fuerte connotación sexual[9].

Sin embargo, este es un dominio de la política semántica en el que JMB y su astrólogo, Olavo de Carvalho, son imbatibles. La cornucopia de blasfemias que el astrólogo usa en sus escritos y apariciones en YouTube es ahora un dato fáctico de la realidad política brasileña. En el artículo *Lo único riguroso de los escritos de Olavo de Carvalho es la blasfemia* publicada en la sección [Ilustríssima](#), el filósofo Rui Fausto discute las insólitas tesis de este personaje. Mario Magalhães, en un [artículo](#) irónico en *The Intercept*, presenta una exégesis bastante completa de la obsesión de Carvalho con el culo —especialmente el de los demás— y concluye, en cierto punto, que:

“ «La obsesión con el ano de los demás no es un comportamiento digno de consideraciones morales, sino un misterio del alma de Carvalho. Se [expresa](#) contra los sospechosos habituales: “Cuando un izquierdista brasileño te llama fascista, no quiere decir que hayas defendido alguna idea fascista. Él sólo quiere decir: ‘Ay, mi culo’”».

JMB, quien desde hace mucho, ha ido apelando al género y el sexo en su discurso político, ahora tiene un gigantesco escenario

iluminado para difundir sus tropos y gestos «sexuales» con nuevos contornos, mayor intensidad y más impacto^[10]. Varias veces, desde su elección, incluso en su viaje a los Estados Unidos, JMB ha manifestado declaraciones de «amor hétero» hacia los hombres que lo rodean, especialmente al ministro de economía, Paulo Guedes —lo que convierte al proyecto ultraliberal en una empresa de machos alfa que «se aman»—. En el carnaval, JMB publicó y despoticó a través del Twitter contra una escena de *golden shower*. Este gesto extremo —en el que se mezclan la homofobia, la repulsión al sexo y la promoción del pánico moral (que incita al odio)— ha llegado rápidamente a las páginas internacionales. Luego se embarcó en lo que Naief Haddad califica como una sincera obsesión con el pene. En abril, el presidente hizo un comentario sobre la caída del pene debido a la falta de higiene, adelantando una propuesta de campaña pública para enseñar a los niños y niñas a lavarse siempre los genitales, como lo hacen los militares. A continuación, inclinó sus actos de habla sobre el tamaño del pene, evocando, como siempre se hace en Brasil, al órgano sexual de los japoneses: hizo una broma al respecto cuando un turista japonés se le acercó en Manaus. Poco después, utilizó la metáfora del «pequeño japonés» para comentar sobre la magnitud de los posibles resultados de la reforma de las pensiones.

Esta secuencia vertiginosa de actos de habla y gestos sexuales culminó en la primera semana de junio con dos episodios de extrema misoginia. Una semana después de la masacre en la prisión de Manaus —que no fue objeto de ningún comentario o actitud sólida por parte del presidente o de su ministro de Justicia—, JMB dedicó todo un párrafo de Twitter a lamentar el suicidio de MC Reaça, autor de un *jingle* de su campaña electoral, cuya agresiva letra ofende a todos sus opositores y tilda de perras a las feministas. MC Reaça se suicidó después de golpear furiosamente a su pareja embarazada. Una semana después, cuando una pareja acusó al jugador de fútbol Neymar de haber mantenido relaciones sexuales no consentidas con ella, el presidente lo visitó en el hospital donde se recuperaba de una lesión para brindarle solidaridad y generar sospechas sobre las intenciones de la denunciante.

Hasta el momento, JMB, no ha firmado ningún decreto prohibitivo con respecto al género y la sexualidad. Sin embargo, apareció en televisión, flanqueado por dos generales, instando a los padres a romper las páginas de un manual de prevención del VIH —publicado por el Ministerio de Salud— en el que se muestran imágenes anatómicas de hombres y mujeres. Es decir, a JMB no le falta voluntad para disciplinar arbitrariamente la vida sexual de los brasileños. Como se puede ver, esta visión e intención impregnan, aunque de manera más sutil, las medidas que se adoptan en diversas áreas del gobierno.

Los siguientes análisis de las dinámicas actuales en los campos de política económica, derechos humanos, salud y lo que sucede en el Congreso Nacional en relación con el género y la ley, deben situarse en relación al escenario intenso, cacofónico, grotesco y perverso del político en el cual, como hemos visto, las dimensiones de género y sexualidad son ineludibles. Estos son ejercicios inevitablemente incompletos y parciales, ya que no es una tarea trivial identificar las posibles direcciones de un ciclón que se mueve erráticamente y destruye todo lo que encuentra en su camino.

Agradecemos muchísimo a Yazmin Trujillo, Susana Chavez y el equipo del CLACAI por el gran apoyo en la cuidadosa traducción de este artículo.

[1] Olavo de Carvalho es un astrólogo autoproclamado como filósofo que durante las últimas dos décadas ha utilizado un sesgo extremadamente conservador para hablar sobre todos tipo de temas (especialmente tomados de pensadores conservadores católicos europeos). Se autoexilió a los Estados Unidos en 2005, declarando que estaba huyendo de la dictadura impuesta por la administración de Lula. Muy influyente en las redes sociales, en los últimos años se ha desempeñado como asesor político de la familia Bolsonaro.

[2] Apodo dado por el podcast *Foro de Teresina*, que compara el presidente al Imperador Romano Nero.

[3] Disponible en la edición 52 del podcast *Foro de Teresina* de la *Revista Piauí*.

[4] Instituto Brasileño de Geografía y Estadística

[5] Fundación Oswaldo Cruz

[6] Instituto Nacional de Investigaciones Espaciales del Brasil

[7] Artículo en inglés disponible en la web de Slate: “Anti-intellectualism poses a great danger to democracy”.

[8] Supremo Tribunal Federal de Brasil

[9] Este acto del habla inspira el título de este ensayo.

[10] La prensa nacional e internacional ha explicado ampliamente el tenor misógino y homofóbico del presidente desde el comienzo de su carrera política. El artículo de la revista electrónica *Gender & Number* documentó que desde el 2011, JMB ha mencionado en sus actos de habla 63 veces el término *ideología de género*, incluidos los discursos en la Cámara como diputado y en su discurso inaugural. El 2 de junio publicó un artículo de Naief Haddad publicado por *Ilustríssima*, compila y analiza los actos de habla y los gestos sexuales del presidente.

Imagem: Natchez, 1985, por Jean-Michel Basquiat

ANTI-GÉNERO BRASIL CONSERVADURISMOS DERECHOS REPRODUCTIVOS DERECHOS SEXUALES DESDEMOCRATIZACIÓN ULTRADERECHA
